

Presupuestos de la teología de J. Ratzinger

Cristóforo Gutiérrez

Profesor de Teología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Este artículo es parte del material utilizado durante un curso, en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma, sobre *la mística del sacramento en Josef Ratzinger*. Se trata de una breve introducción sobre algunos puntos que considero claves para comprender su trayectoria teológica. Se pueden presentar otros enfoques, pero creo que un acercamiento a través de la dimensión litúrgica, la dimensión eclesial, las características de su trabajo teológico y cultural nos permiten apreciar mejor la riqueza de sus múltiples y enjundiosas aportaciones.

1. Dimensión litúrgica

a) Contexto geográfico

Es interesante la anécdota histórica que el cardenal nos presenta en uno de sus escritos:

“Una antigua leyenda sobre los orígenes del cristianismo en Rusia narra que al Príncipe Vladimiro de Kiev, que andaba en busca de la verdadera religión para su pueblo, se habían presentado uno tras otro los representantes del Islam provenientes de Bulgaria, los representantes del judaísmo y los enviados del Papa procedentes de Alemania, que le proponían cada uno la propia fe como la más justa y mejor de todas. El Príncipe sin embargo se había quedado insatisfecho con todas aquellas propuestas. La decisión en cambio habría madurado cuando sus enviados regresaron de una liturgia solemne, en la que habían participado en la Iglesia de Santo Sofía en Constantinopla. Llenos de entusiasmo habrían referido al Príncipe: “Y llegamos con los griegos y nos llevaron donde celebran la liturgia en honor de su Dios. No supimos si estábamos en el cielo o en la tierra, experimentamos que ahí Dios habita entre los hombres...”

“Lo que convenció a los enviados del Príncipe ruso sobre la verdad de la fe celebrada en la liturgia ortodoxa, no fue un tipo de argumentación misionera, cuyas motivaciones les habrían parecido más iluminantes que las de las otras religiones. Lo que les impresionó verdaderamente fue el misterio

como tal, que precisamente yendo más allá de las discusión hizo brillar en la razón la potencia de la verdad...”¹

La experiencia litúrgica, la liturgia vivida aparece aquí como el mejor argumento. Implica la experiencia de la cercanía de Dios.

Podríamos decir que es este un aspecto casi omnipresente en toda la producción de J. Ratzinger, no se puede perder de vista. Muchas veces es el punto de partida y otras vuelve al tema litúrgico para confirmar sus exposiciones precedentes. En realidad se trata de un aspecto que vivió desde su infancia en el ambiente religioso de Baviera. El mismo nos dirá que la alegría festiva de las celebraciones litúrgicas católicas, aunque a veces fuera un poco barroca, no le hacía echar de menos la liturgia protestante o evangélica.

En diversas partes del mundo nos encontramos con regiones donde la vida litúrgica impregna la vida misma de la comunidad cristiana. Pienso en la religiosidad sevillana, con su Semana Santa; Minas Gerais en Brasil; la devoción guadalupana en México; la religiosidad polaca... Tanto que se puede decir que uno no es un buen polaco, mexicano... si no es guadalupano o católico. Quizás alguien no esté completamente de acuerdo con esta afirmación, pero nos ayuda a comprender la importancia de la vida litúrgica en la idiosincrasia y modo de ser de la gente de estas regiones. Joseph Ratzinger vivió en este ambiente católico de Baviera. Baste recordar que no hace mucho cuando se puso en tela de discusión la presencia de los crucifijos en las escuelas y en lugares públicos en los diversos Länder de Alemania, la región de Baviera hizo una declaración que consideraba un bien para todos sus hijos y los descendientes de sus hijos la presencia de las cruces en las montañas y bosques de Baviera. Lo consideraban como uno de los mejores bienes que podrían legarles. Querían que quedase estipulado en la constitución de Baviera.

“Nuestros padres nos ayudaron desde muy pequeños en la comprensión y entendimiento de la liturgia: era un libro de oración para los niños inspirado en el misal; en él, el desarrollo de la acción litúrgica iba ilustrado con imágenes para que se pudiese seguir bien lo que sucedía; además, presentaba de vez en cuando una breve plegaria que sintetizaba lo principal de las distintas partes de la liturgia, haciéndola accesible para el rezo de los niños. Como paso siguiente recibí un Schott para niños en el que estaban ya

¹ Traducción personal de algunos fragmentos de la conferencia pronunciada en el Congreso Eucarístico de Bolonia el 22-24 de Octubre de 1997: “La eucaristía como génesis de la misión”.

expuestas las partes esenciales de la liturgia; después recibí el Schott dominical, donde se exponía íntegramente la liturgia del domingo y de los días festivos, y, finalmente, todo el misal completo. Cada nuevo paso que me hacía profundizar más en la liturgia era para mí un gran acontecimiento. Cada librito litúrgico que recibía era algo precioso, algo que no podía soñar más bello. Era una aventura fascinante entrar poco a poco en el misterioso mundo de la liturgia que se desarrollaba allí, en el altar, ante nosotros y para nosotros. Cada vez se me hacía más claro que en ella yo encontraba una realidad que no había sido inventada por nadie, que no era creación de una autoridad cualquiera, ni de una gran personalidad en particular. Este misterioso entretrejo de textos y acciones se había desarrollado en el curso de los siglos a través de la fe de la Iglesia. Llevaba en sí el peso de toda la historia y era, al mismo tiempo, mucho más que un producto de la historia humana. Cada siglo había dejado sus huellas. Las introducciones nos permitían ver lo que procedía de la Iglesia primitiva, lo proveniente del Medievo y lo que se originó en la época moderna. No todo era lógico, muchas cosas eran complejas y no era siempre fácil orientarse. Pero, precisamente por esto, el edificio era maravilloso y era como mi hogar. Naturalmente, como niño no comprendía cada uno de los detalles, pero mi camino con la liturgia era un proceso de continuo crecimiento en una gran realidad que superaba todas las individualidades y las generaciones, que se convertía en ocasión de asombro y descubrimientos siempre nuevos. La inagotable realidad de la liturgia católica me ha acompañado a lo largo de todas las etapas de mi vida; por ese motivo, no puedo dejar de hablar continuamente de ella.”²

“Expertus potest credere...”. La vida litúrgica y la experiencia espiritual de la misma constituyen el punto de partida. Todos los estudios posteriores no serán otra cosa que una explicación o una profundización de la vida litúrgica. “Lex orandi, lex credendi”, y se puede añadir también “lex vivendi”. Oración, fe y vida van unidas en los escritos de Ratzinger.

b) Contexto cultural

Dos teólogos juegan un papel importante en la renovación de la liturgia y de la teología católicas en la Alemania del Siglo XX: Romano Guardini y Odo Casel. “*El espíritu de la Liturgia*”, publicado en 1919 es considerado como el punto de partida de la renovación litúrgica en Alemania, que alcanzaría su ápice en los decretos del Concilio Vaticano II. Para J. Ratzinger

² Ratzinger J., *Mi vida*, Madrid 1997, pp. 33-34.

la discusión provocada por las tesis de Odo Casel se convertiría en la disputa teológica más fecunda del siglo XX. Se trata de una discusión sobre la realidad de los sacramentos. ¿Cómo se halla presente Cristo en la celebración eucarística, en los sacramentos? ¿Es una pura representación teatral, una reactualización, un memorial?

Inicialmente Ratzinger no estaba muy convencido del sesgo del movimiento litúrgico:

“Hasta entonces yo me había situado con cierta reserva hacia el movimiento litúrgico. En muchos de sus representantes me parecía percibir un racionalismo e historicismo unilaterales, una actitud demasiado dirigida hacia la forma y la originalidad histórica, pero que dejaba traslucir una extraña frialdad frente a los valores del sentimiento, que la Iglesia, en cambio, nos hacía experimentar como el lugar en que el alma se siente en su hogar. Ciertamente, el Schott me era muy querido, más aún, insustituible. El acceso a la liturgia y a su auténtica celebración, cuyo camino había allanado, era para mí la contribución indiscutiblemente positiva del movimiento litúrgico. Pero me molestaba una cierta mezquindad de muchos de sus partidarios que lo único que querían era dar valor a una forma.

Gracias a las lecciones de Pascher y a la solemnidad con la cual nos enseñaba a celebrar la liturgia, según su espíritu más profundo, también yo llegué a convertirme en un partidario del movimiento litúrgico”.³

“Esta teología había nacido directamente del movimiento litúrgico, pero volvía a proponer con nuevo vigor la cuestión fundamental de la relación entre racionalidad y misterio, del lugar que ocupa en el cristianismo lo platónico y lo filosófico y, de manera todavía más radical, de la cuestión de lo que es específicamente cristiano”.⁴

De nuevo, la digna celebración litúrgica constituye el mejor argumento. En adelante la celebración diaria de la eucaristía y la meditación de los di-

³ *Mi vida*, p. 69.

⁴ *Mi vida*, p. 68. “Voy a aventurarme a poner una comparación que, como todas las comparaciones, es inexacta en muchos aspectos, pero que puede ayudar a comprenderlo. Podríamos decir que entonces —en 1918— la liturgia se parecía a un fresco que, aunque se conservaba intacto, estaba casi completamente oculto por capas sucesivas. En el misal, con el que celebraba el sacerdote, la forma, tal y como se había ido desarrollando desde sus orígenes, estaba del todo presente, pero permanecía en gran medida oculta para los creyentes detrás de instrucciones y formas de oración de carácter privado. A través del Movimiento Litúrgico y, por supuesto, gracias al Concilio Vaticano II, aquel fresco quedó al descubierto y, por un momento, quedamos fascinados por la belleza de sus colores y de sus formas” (*El espíritu de la Liturgia*, pp. 29-30).

versos textos litúrgicos va a ser una constante que anima no sólo sus estudios, sino sobre todo el crecimiento en la vida espiritual y su vertiente apostólica. Tanto que quiere darles nuevo aliento y nueva vida, y se había puesto a traducir el mismo los textos litúrgicos, para darles un toque espiritual más vivo y cercano a la gente.⁵

Así como había aprendido a comprender el Nuevo Testamento como alma de toda la teología, del mismo modo entendí la liturgia como el fundamento de la vida, sin la cual ésta acabaría por secarse. Por eso, consideré, al comienzo del Concilio, el esbozo preparatorio de la constitución sobre la liturgia que acogía todas las conquistas esenciales del movimiento litúrgico como un grandioso punto de partida para aquella asamblea eclesial, aconsejando en tal sentido al cardenal Frings.⁶

Una síntesis de la respuesta de la Iglesia, que recoge los aspectos positivos de estas tendencias, la encontramos en el número 7 de la *Sacrosanctum Concilium: Presencia de Cristo en la Liturgia*

“Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt., 18,20).

“Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.

Con razón, entonces, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro.

⁵ “Naturalmente empecé yo mismo a componer poesías con entusiasmo y me sumergí con renovado placer en los textos litúrgicos, que intentaba traducir yo mismo de los textos originales de la mejor y más viva manera” (*Mi vida*, p. 42).

⁶ *Ibidem* p. 69.

En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdotes y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.”

c) Contexto histórico

Dentro de la trayectoria intelectual del card. Ratzinger nos encontramos la experiencia del Concilio Vaticano II, que deja una profunda impronta. De la euforia y esperanzas que precedieron y acompañaron al Concilio, vamos a encontrarnos con las realizaciones prácticas. La Constitución sobre la Liturgia fue el primer decreto aprobado por el Concilio. El primero que se empezó a poner en práctica. En el campo litúrgico se va a llegar a muchas exageraciones y desviaciones. Los últimos escritos de Juan Pablo II nos hablan primero de la realidad profunda del misterio que debe significar la eucaristía en la vida de la Iglesia, sacerdotes y fieles, y posteriormente llama la atención sobre el sentido de la liturgia y sobre algunas normas concretas que deben tenerse en cuenta para actuar correctamente las intenciones del Vaticano II.

También Ratzinger dedica algunos de sus últimos libros y artículos al tema litúrgico. Merece especial atención, *“El espíritu de la Liturgia. Una introducción”*, que alude y quiere ligarse directamente al intento de R. Guardini sobre la valoración e debida incidencia de la Liturgia en la vida de los creyentes y de toda la Iglesia. Era un libro que desde hacía años quería escribir, pero sus ocupaciones como Prefecto no se lo habían permitido.

Podemos constatar, pues, dos fases. Una de euforia y estímulo, y otra de prudencia y llamada de atención, para actuar correctamente las directivas del Vaticano II. Para Ratzinger nos encontramos en un momento más propicio para actuar debidamente las verdaderas orientaciones del Vaticano II en materia litúrgica. Hay que repetirlo, la dimensión litúrgica ocupa un punto importante y clave de su reflexión teológica.

2. Dimensión eclesial

a) La eclesiología

Ratzinger ha tenido que ocuparse de este tema a lo largo de toda su producción teológica. Ha estado presente desde su tesis sobre “El pueblo y casa de Dios en San Agustín” hasta su trabajo cotidiano como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe, que podríamos definir como una “solicitud permanente” por toda la Iglesia.

“...desde un principio me fijé en el tema de la Iglesia, que he seguido a lo largo de toda mi vida. Para mí siempre ha sido importante –y ahora más aún– que la Iglesia no fuera un fin en sí misma, sino que la razón de su existir es que nosotros podamos conocer y llegar a Dios. Así que, yo diría, que me gusta tratar el tema de la Iglesia desde la perspectiva de Dios y –en ese sentido– es el tema central de todos mis esfuerzos”.⁷

Iglesia, ecumenismo y política, es el título emblemático de una de sus publicaciones. La Iglesia como *signo, como misterio y como institución*.

No se puede prescindir fácilmente de la Iglesia en la historia de la humanidad, principalmente en el continente europeo. No obstante algunos, así llamados intelectuales, se niegan a reconocer la presencia evidente de la Iglesia en la formación de Europa. Antes de su nombramiento al solio pontificio Ratzinger había hecho unas observaciones atinadas y profundas sobre las raíces cristianas de Europa. En esto se encontraba en perfecta sintonía con las afirmaciones e instancias de Juan Pablo II ante los formuladores de la constitución de la nueva Europa, a fin de reconocer sus raíces cristianas. Para un observador no europeo las aspiraciones de estos intelectuales resultan sin fundamento y no parecen muy sólidas las estructuras o fundamentos sobre los cuales van a construir la nueva Europa. Aparentemente son sólo económicos, pero implican también una cierta filosofía y un relativismo cultural. En esto, tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI demostraron conocer mejor los fundamentos del Iluminismo y de la Revolución Francesa.

En su ensayo “La rabbia e l’orgoglio” Oriana Fallaci llama la atención sobre esa realidad inseparable de las raíces cristianas de Europa: “... Italia, por el contrario, es un país muy viejo. Su historia tiene al menos 3.000 años. Su identidad cultural es, pues, muy precisa y, dejémonos de tonterías, no está dispuesta a prescindir de una religión que se llama la religión católica y de una iglesia que se llama la Iglesia católica. La gente como yo suele decir: «No quiero tener tratos con la Iglesia católica». Pero claro que los tenemos. Y muchos. Me guste o no. Nací en un paisaje de iglesias, conventos, cristos, vírgenes y santos. La primera música que oí al venir al mundo fue la música de las campanas. Las campanas de Santa María del Fiore, cuyos tañidos sofocaba con su cháchara el muecín de la época de la tienda. Y con esa música y en medio de ese paisaje crecí. Y a través de esa música y de ese paisaje aprendí qué es la arquitectura, qué es la escultura, qué es la pintura y qué es el arte. Y a través de esa iglesia (después recha-

⁷ Ratzinger J., *La Sal de la tierra*, Madrid 1997, p. 72.

zada) comencé a preguntarme qué es el Bien, qué es el Mal... ¡Por Dios!»⁸

La iglesia como misterio. Esta dimensión toca de lleno el tema de nuestro curso. Se trata de la Iglesia presente en el mundo de los hombres, con un mensaje de salvación, y con la actualización de la presencia de Dios entre nosotros. Las imágenes para describir el misterio de la Iglesia son muy variadas y tocan diversos aspectos que nos ayudan a comprender la realidad de este misterio. En su enumeración el Vaticano II afirma que ninguna agota el misterio de la Iglesia. La imagen del cuerpo y la imagen del pueblo de Dios han sido las más utilizadas recientemente, antes y después del Vaticano II. Después del Concilio se ha dado preferencia a la Iglesia como pueblo de Dios, abandonando casi totalmente la del cuerpo místico de Cristo. Una de las aportaciones de Ratzinger anterior al Concilio respecto a la imagen del cuerpo, era que no se trataba de una imagen o comparación puramente exterior, física, sino que el fundamento de este cuerpo era precisamente la celebración eucarística. Pocos advirtieron esta señalación.

La reflexión postconciliar sobre la Iglesia como pueblo de Dios se fijó casi exclusivamente en los aspectos democráticos del tema, dejando de lado la convocatoria por parte de Dios y la presencia de Cristo en su pueblo. El papel de los laicos, la colegialidad de los obispos, las conferencias episcopales, la autoridad del Romano Pontífice se van a ver afectadas por esta perspectiva. En los países en vías de desarrollo va a ganar consistencia la teología de la liberación (Llegará también a los países del islamismo). Junto a una interpretación correcta, se abordan los graves problemas de la injusta repartición de bienes y de las desigualdades sociales de forma unilateral: La búsqueda de una escatología realizada en este mundo, de sesgo económico y social, apoyándose en la lucha de clases como medio para lograrlo. Se convierte en una lectura reductiva del concepto del pueblo de Dios, en camino a su liberación.⁹ La Congregación para la Doctrina de la fe tuvo que intervenir con dos documentos, juntamente con las declaraciones de Puebla, para aclarar la situación.

Pero no todo es negativo:

“Entonces acuñó Romano Guardini esta palabra audaz y henchida de esperanza: “Ha comenzado un proceso de incalculable alcance: la Iglesia se despierta en las almas”. De lado protestante, hablaba Otto Dibelius “del si-

⁸ Oriana Fallaci, *La rabbia e l'orgoglio*, Corriere della Sera, 29 settembre 2001.

⁹ Se puede consultar ideas semejantes sobre la historia marxista e historia sacramentaria, acción temporal y mito marxista, en J. Danielou, *Sobre o mistério da história*, Sao Paulo 1964, p. 67-86.

glo de la Iglesia”, y Gertrudis von le Fort cantaba a la Madre reencontrada, la Iglesia católica, en sus himnos imperecederos a la Iglesia. Se había descubierto que la Iglesia no es sólo signo de fe, sino también el misterio de fe, una parte de la gloria oculta de Cristo; y que lo segundo es todavía más importante que lo primero”.¹⁰

Juan Pablo II al convocar en Roma a los nuevos movimientos eclesiales habló claramente de una nueva primavera del espíritu, un nuevo Pentecostés. Todos los observadores destacan como elemento capital en el dinamismo de los movimientos la frecuencia sacramental. Principio de identidad interior y de dinamismo apostólico. En la caridad en acción se cristaliza el amor a Dios, el misterio de la Iglesia. La celebración de la eucaristía constituye el cúlmen y ápice de toda la actividad de la Iglesia.¹¹

Dentro de esta perspectiva eclesial ocupa un puesto particular todo el trabajo orientado a promover la unidad de la Iglesia, el ecumenismo. El diálogo con los ortodoxos y las ramas de la Reforma implican toda una serie de estudios y aclaraciones que no siempre son fáciles de aceptar como satisfactorias. Por eso, confiados en la acción del Espíritu Santo, surge el propósito de seguir trabajando por la unidad sin mirar tanto a las causas de separación del pasado y corresponder en el futuro a la intención de Cristo de que la Iglesia suya sea una, un signo de amor verdadero que atraiga a todos a confesar la verdad del Evangelio. No es fácil ni todo depende de la acción de los hombres. La Iglesia sigue siendo un misterio y por eso hay que seguir elevando las oraciones a Dios fuente de la unidad.

b) Iglesia y Sagrada Escritura

Un punto particular dentro del marco de la eclesiología es el papel de la

¹⁰ Ratzinger J., *El Nuevo Pueblo de Dios*, Barcelona 1972, p. 88.

¹¹ Liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial: *Sacrosanctum Concilium* 10: “No obstante, la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos pascuales”, sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”, y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin”.

Sagrada Escritura dentro de la Iglesia. Desde sus años de estudiante de teología nos confiesa:

“Precisamente el equilibrio entre liberalismo y dogma tenía su específica fecundidad. He ahí por qué, durante los seis semestres de mis estudios teológicos, escuché con gran atención todas las lecciones de Maier, haciéndolas objeto de reelaboraciones personales. Para mí, la exégesis ha seguido siendo siempre el centro de mi trabajo teológico.”¹²

“Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: “Pues la palabra de Dios es viva y eficaz”, “que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados”.

Parecería que Ratzinger ya había hecho suya esta enseñanza que el Vaticano II pondría más adelante: *Dei Verbum* 21.¹³

Eran los tiempos en que el método crítico comenzaba a ser estudiado y propuesto por profesores católicos. En el ambiente menos claro de aquella época Maier, su profesor, había sido separado en años anteriores de la enseñanza de la Sagrada Escritura, por considerarlo progresista. Quizás hoy, a distancia de más de cincuenta años, nos resulta más fácil juzgar la situación. Ratzinger ha hecho un balance en su discurso conmemorativo de los 100 años de la Comisión Pontificia Bíblica, al hablar de la relación entre el Magisterio de la Iglesia y la exégesis.

Precisamente por hacer de la exégesis el centro de su trabajo teológico, le ha tocado seguir muy de cerca el desenvolvimiento y desarrollo de los diversos métodos de interpretación de la Biblia. Como estudioso primero y

¹² *Mi vida*, p. 65.

¹³ Conviene leer la parte inicial de este número. Pues nos hace notar la quasi-sacramentalidad de la palabra revelada, muy en sintonía con el tema de nuestro curso.

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles. *Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rijan por ella.*” *Dei Verbum* 21.

después como prefecto de la Congregación para la doctrina de la Fe.

“No he elegido el tema de mi relación sólo porque forma parte de las cuestiones que de derecho pertenecen a una visión retrospectiva sobre los cien años de la Pontificia Comisión Bíblica, sino también porque *forma parte de los problemas de mi biografía*: desde hace más de medio siglo mi itinerario teológico personal gira en torno al ámbito determinado por este tema.”¹⁴

Un arco de casi cincuenta años, que da tiempo para una evaluación más ponderada.

“En los últimos 100 años, la exégesis ha obtenido grandes logros, pero también ha producido grandes errores. Estos últimos, además, han crecido hasta convertirse en dogmas académicos. Criticarlos en lo más mínimo sería algo tan grave como un sacrilegio, especialmente si fuera hecho por alguien que no es exegeta”.¹⁵

Con una fina ironía Ratzinger había hablado, al inicio de su conferencia, de la llegada del Anticristo. Wladimir Solojev en su “Historia del Anticristo”, nos presenta al enemigo escatológico del Salvador queriéndose ganar la confianza de los fieles, entre otras cosas, por el hecho de haber conseguido su Doctorado en Teología en la Escuela de Tubinga, y por haber escrito una obra exegética, reconocida por los entendidos como muy avanzada y de punta. Obviamente se trata de un comentario irónico sobre la situación de la exégesis en esos años. No es un balance oficial. No hay que olvidar que en las tentaciones de Cristo en el desierto, el demonio demostró conocer muy bien las sagradas escrituras. Solojev tenía sus precedentes.

Debido a su importancia Ratzinger analiza más ampliamente el método histórico crítico tal como ha sido desarrollado, especialmente por Bultmann y Dibelius. No establece criterios extrínsecos, sino que parte de una autocrítica de los principios fundamentales del método: la originalidad de la palabra en contraposición al evento, el principio de discontinuidad entre las diversas fases (prepasual y postpasual; el Jesús prepasual y el período creativo de la Iglesia...) y el principio de que lo simple es original y lo complejo es tardío. Individua y desmenuza los principios históricos o historicistas y los principios filosóficos que penetran el método, para evaluar así su aplicabilidad a la palabra revelada.

¹⁴ Afirmaba el 2 de mayo de 2003.

¹⁵ Origins (NC documentary service) 17 (1988) No. 35 p. 594ss. (*Foundations and Approaches of Biblical exegesis*, 27 th January 1988, New York).

Hay que recalcar que la incidencia de estas corrientes exegéticas ha sido muy fuerte en Alemania y menos en otros ambientes culturales.

Ha pasado el tiempo y han surgido otros métodos e intentos de lectura y actualización de la Biblia. Podemos considerar los dos documentos de la Pontificia Comisión Bíblica, que han sido redactados con la colaboración del Cardenal:

- La interpretación de la Biblia en la Iglesia, 1994
- El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana, 2002.

Como un punto de llegada que permiten abrirse paso en los estudios bíblicos con mayor serenidad y fecundidad

También vale la pena reflexionar sobre la valoración que hace el cardenal Ratzinger en este mismo discurso del 2 de Mayo de 2003. El concluye con esta consideración:

“...si aceptamos que las sagradas Escrituras provienen de Dios a través de un sujeto que vive aún —el pueblo de Dios peregrinante—, entonces también racionalmente resulta claro que este sujeto tiene algo que decir sobre la comprensión del libro.

La tierra prometida de la libertad es más fascinante y multiforme de lo que podía imaginar el exegeta de 1948. Las condiciones intrínsecas de la libertad han resultado evidentes. Presupone *escucha atenta, conocimiento de los límites de los diversos caminos, plena seriedad de la ratio*, pero también implica estar dispuestos a limitarse y a superarse *al pensar y al vivir juntamente con el sujeto* que nos garantiza los diversos escritos de la antigua y de la nueva Alianza como una única obra, la Sagrada Escritura. Agradecemos profundamente las aperturas que, como fruto de una larga y laboriosa investigación, nos ha dado el concilio Vaticano II.

Pero no condenemos con ligereza el pasado; más bien, veámoslo como parte necesaria de un proceso de conocimiento que, teniendo en cuenta la grandeza de la Palabra revelada y los límites de nuestra capacidad, siempre nos planteará nuevos desafíos. Pero precisamente esto es lo hermoso. Y así, a cien años de distancia de la constitución de la Comisión Bíblica, a pesar de todos los problemas surgidos en este período de tiempo, podemos aún mirar, con gratitud y con esperanza, el camino que se abre ante nosotros.”

Gracias a estos límites y prudencia se han evitado muchas originalidades y errores que se han dado en otros campos.

3. Teólogo de oficio

Ratzinger hubiera querido dedicar toda su vida a la enseñanza y a la redacción de libros para difundir la cultura católica. Incluso esperaba, después de terminar su oficio como Prefecto, poder retirarse y dedicarse a escribir sobre algunos temas que le interesaban.

Al inicio de su labor sacerdotal tuvo que encargarse de la catequesis y de las clases de religión, 16 clases semanales. Durante varios años impartió lecciones de teología fundamental, fenomenología e historia de la religión, el curso de escatología (que él considera el más elaborado de sus escritos), las clases de introducción al cristianismo. Ya antes del Concilio y sobre todo después del Concilio sus contribuciones y aportaciones a los diversos temas eran muy tenidos en cuenta.

El subraya como en el seminario, después de la guerra y dentro de las limitaciones que esto suponía, reinaba entre sus compañeros de seminario una gran ansia de saber y de formarse para mejor trabajar por la Iglesia. Supo apreciar las diversas tendencias teológicas de sus profesores, algunos mayores y otros más jóvenes, procedentes de diversas universidades. Si había que reconstruir Alemania, también anhelaban presentar la fe de una forma más vigorosa y nueva, a la altura de los nuevos tiempos y responder a los interrogantes más profundos del hombre y de la cultura de nuestro tiempo. Teología liberal, kantismo, existencialismo, marxismo, fenomenología, filosofía de los valores, todo el movimiento en torno al Vaticano II... Son corrientes de pensamiento que van dejando su influencia y resonancia en la mente de nuestro autor. Las fundaciones de la revista "*Concilium*" primero y de "*Communio*" después pretenden entrar en el diálogo teológico y cultural con unas características bien definidas.

Cuando Ratzinger consideraba haber conseguido una síntesis y visión propia como teólogo y se preparaba para lanzar sus aportaciones personales, es llamado al oficio de obispo de Munich y después como Prefecto. ¿Carrera truncada? Yo creo que no. Sólo que en vez de dedicarse a los temas que él prefería, tuvo que dedicar su atención, al lado de Juan Pablo II, a las cuestiones y problemas que más apremiaban a la Iglesia universal. Su contribución en tantos documentos del Magisterio, velada muchas veces, ha tenido sin duda un radio de influencia mayor.

Algunas características de la posición de Ratzinger como teólogo:

No pretende hacer una creación teológica marcadamente original. Pretende inserirse sobre todo en el rico tesoro de la tradición de la Iglesia. No es un teólogo en solitario. Ha estado al tanto de los progresos de la exégesis,

de la patrística, de la liturgia, de la teología medieval, del ecumenismo y posiciones de los reformadores del Siglo XVI... Ha conocido a teólogos de gran talla: De Lubac, von Balthasar, Congar, Rahner, Bouyer, Kung, Philips... Tiene muy presentes los interrogantes y problemas de nuestro tiempo, del individuo y de la sociedad, de la Iglesia.

No parte de una posición magisterial, de quien tiene todas las respuestas y soluciones a la mano; sino de una postura de búsqueda de la verdad y de la Verdad con mayúscula. Se define como “*co-operador de la verdad*”. Por lo tanto no se trata de imponer sino de proponer el mensaje, la verdad. Sin negar que haya cuestiones discutibles, aplazables, menos claras... Una vez iluminada la verdad, hay que respetarla. Existe además un núcleo de verdades indiscutibles, esencia del credo de la Iglesia. Las corrientes teológicas pueden variar. El no considera que su postura fundamental haya variado. Respecto a la fe que recibió en su infancia y adolescencia descubre una constancia e invariabilidad. Respecto a las posiciones de otros compañeros de trabajo teológico, que lo motejaban de progresista primero y de conservador después, no es él sino ellos los que han cambiado. El “hombre actual” no es la única plataforma para interrogar al evangelio. Los interrogantes y respuestas que se han dado a lo largo de la historia pueden iluminar nuestros pasos.

Vale el criterio de fidelidad a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia. Es obvio que la Iglesia se encuentra también sacudida por las corrientes que agitan a la cultura y mundo contemporáneo. Los tiempos de crisis de la Iglesia hay que considerarlos dentro de este marco más amplio. La Iglesia no es de este mundo, pero está en este mundo. La crisis del postconcilio no es peculiar de la Iglesia, entra dentro de una crisis más amplia de Occidente y de gran parte de la Humanidad.

Neoescolasticismo y tomismo. Hay que hacer una distinción entre estas dos corrientes de pensamiento. El afirma que desde el inicio le atrajo más el modo de hacer teología de San Agustín. Tardó más tiempo en apreciar la postura y profundidad de Sto. Tomás¹⁶. En esto influyeron sus primeros

¹⁶ “Tuve más bien dificultades en el acceso al pensamiento de Tomás de Aquino, cuya lógica cristalina me parecía demasiado cerrada en sí misma, demasiado impersonal y preconfecionada. Pudo influir en ello también el hecho de que el filósofo de nuestra Escuela Superior, Arnold Wilmsen, nos presentara un rígido tomismo neoescolástico, que para mí estaba sencillamente demasiado lejano de mis interrogantes personales.” *Mi vida*, Madrid 2006. (Ed. Encuentro) p. 69. “La teología que aprendíamos estaba ampliamente impregnada por el pensamiento histórico, de forma que el estilo de las declaraciones romanas, más ligado a la tradición neoescolástica, sonaba un tanto extraño. A esto contribuía un

profesores y también la resonancia que tenía en su tiempo la fenomenología de Husserl, el personalismo, la filosofía de los valores... Parecían ser interlocutores más directos y de mayor actualidad.

“He enseñado durante un período de tiempo comprendido en aquel largo camino religioso que llevó al Concilio, un período en el cual pensábamos que nuestra tarea consistía en romper con ciertas orientaciones teológicas demasiado rígidas y abrir nuevas posibilidades para la Iglesia, para la teología en vista de un enlace entre realidad y fe religiosa. Fue aquel un momento de gran fervor para todos los que trabajábamos en las universidades alemanas”.

Añadirá después, creíamos saber más que los de allá abajo.¹⁷ En el auto de fe que nos cuenta Cervantes sobre los libros de caballería del Quijote, ve una imagen de los que en su euforia por lo nuevo rechazan todo lazo de unión con el pasado y quemaron también sus anteriores libros de texto.¹⁸

Uno de los primeros libros que Ratzinger leyó, al inicio del año 1946, durante sus años de teología, fue *La Introducción a la Liturgia* de Romano Guardini. Le influyó positivamente y varios autores, al comentar la trayectoria intelectual de Ratzinger hacen un entrecruzado de vidas casi paralelas entre los dos teólogos. Colonia, Munster, Tubinga son lugares que ambos frecuentan. Después los intereses teológicos: San Agustín, San Buenaventura, la liturgia, la esencia del cristianismo, la literatura, las raíces y los destinos de Europa... también son temas comunes a ambos. Sin duda que se pueden encontrar muchos paralelismos y puntos de convergencia con Romano Guardini al estudiar la trayectoria intelectual de Ratzinger.

Con todo me parece más iluminador destacar las cualidades que Ratzinger, hablando de lo que sería la Iglesia en el año 2000, descubre en varios teólogos del pasado para iluminar la situación actual. Algunas de las cualidades que Ratzinger observaba en el teólogo Johann Michael Sailer (1751-1832), difícil de clasificar, las podríamos tomar como paradigmáticas y que por apreciarlas tanto las quiso encarnar en su propia labor:

No era ni progresista ni conservador. Los conservadores lo consideraban iluminista, y los iluministas como el peor enemigo del Iluminismo. Abierto a todas las cuestiones y problemas de su tiempo. Dialogó con los grandes

poco también, quizás, cierto orgullo alemán, que nos llevaba a considerar que sabíamos más que los de “allá abajo”. Ibidem p. 106.

¹⁷ Ratzinger J., *Teología al servizio della catechesi*, en *Dove va la Teología?* (Interviste a cura di) Mondin B., Roma 1982 (Ed. Logos), p. 40.

¹⁸ Ratzinger J., *Teoría de los principios teológicos*, Barcelona 1985, pp. 470-472.

pensadores de su tiempo: Kant, Jacobi, Schelling, Pestalozzi. La escolástica que enseñaban los jesuitas en Dillingen no le parecía suficiente (empolvada) para afrontar la problemática real de su tiempo. “Para él la fe no estaba ligada a un sistema de sentencias, ni tenía que ser mantenida con la fuga hacia lo irracional, sino que debía ser sustentada en abierta discusión con el momento actual”. Conocía admirablemente la tradición teológica y la mística medieval, no se limitó al estudio del hombre contemporáneo. “Comprendió que el hombre sólo tiene conciencia de sí mismo cuando se abre respetuosa y atentamente a toda la riqueza de su historia”. Por encima de todo: “ese hombre no sólo pensó, sino vivió. Si andaba en búsqueda de una teología del corazón, no era debido a un sentimentalismo barato, sino porque conocía al hombre integral, el cual realiza la unidad de su naturaleza en la compenetración entre espíritu y cuerpo, entre motivos escondidos del corazón y claridad intuitiva del entendimiento. “Sólo con el corazón es que se ve bien”, dijo una vez Antoine de Saint Exupéry.¹⁹

Esto nos lo dice el mismo Ratzinger:

“...yo nunca he buscado tener un sistema propio o crear nuevas teorías. Quizá lo específico de mi trabajo, si queremos decirlo así, podría consistir en que me gusta pensar con la fe de la Iglesia y eso supone, para empezar, pensar con los grandes filósofos de la fe. Significa que yo no hago una teología aislada; intento hacer una teología lo más amplia posible y siempre abierta a otras formas de pensamiento dentro de la misma fe. Por eso para mí ha tenido siempre especial interés la exégesis. Yo no podría hacer teología puramente filosófica. Para mí, lo primero de todo, el punto de partida, es el Verbo. Creer en la Palabra de Dios y poner empeño en conocerla a fondo, ahondar en ella y entenderla, para después reflexionar junto a los grandes maestros de la fe. Por eso mi teología tiene cierto carácter bíblico e incluso patristico, sobre todo, agustiniano. Pero procuro, como es natural, no quedarme en la Iglesia primitiva; lo que intento es subrayar los aspectos más relevantes de su pensamiento y entablar al mismo tiempo un diá-

¹⁹ Junto al progresista moderado (Wassenberg) nos presenta también el caso de Matäeus Fingerlos (1748-1817), director del Georgianum di Munich, progresista clásico: “Nella sua opera *Wozu sind Geistliche da?* [Perché ci sono i sacerdoti?] egli spiega che il prete dev'essere innanzitutto un maestro del popolo, che istruisce il popolo sulla coltivazione dei campi, sull'allevamento del bestiame, sulla coltura della frutta, sui parafulmini, ma anche sulla musica e sull'arte – si direbbe oggi: il prete dev'essere innanzitutto un assistente sociale e dev'essere al servizio della costruzione di una società razionale, purificata dagli irrazionalismi” (Ratzinger J., *Fede e futuro*, Brescia (Queriniana) 1984², p. 108).

logo con el pensamiento contemporáneo”.²⁰

Hace años Henry de Lubac hacía la siguiente observación:

“El Doctor Ratzinger es profesionalmente un excelente teólogo. Los mejores candidatos al doctorado acudían hasta hace poco a la Facultad de Regensburg (Ratisbona) para ponerse bajo su dirección. No tiene miedo de abordar públicamente ni los temas fundamentales, ni los problemas de actualidad, y siempre con calma, sencillez, medida, gran respeto a las personas, y con una sonrisa. Sin embargo, su primera preocupación no es la de agrandar; no elude su deber, aunque a veces resulte ingrato. Tiene muy presente la distinción que en su persona se da entre el teólogo privado y el jefe de la Congregación; tampoco olvida que uno de los fines principales de su propia Congregación es el de “promover” de manera positiva el estudio de la doctrina, y aprovecha las ocasiones para cumplir personalmente esa función. Si, como Ud. dice, se encuentra algunas veces en el centro de algunas polémicas, ciertamente no es por su gusto. La campaña difamatoria que observo, precisamente en estos días, desencadenada contra el, es también —y repito la palabra— “una impostura” o, al menos en algún que otro caso, una deplorable ligereza”.²¹

4. Formación cultural: El Papa Mozart

Un escritor alemán, Stefan von Kempis,²² quería titular su libro de introducción a la vida y pensamiento de Benedicto XVI, “*El Papa Mozart*”. Además de aludir a la preferencia musical del Papa, quería fijarse en otros aspectos. La espontaneidad, sencillez, claridad, jovialidad de las composiciones de Mozart, que a medida que se estudian permiten descubrir la originalidad, maestría y el genio de este compositor. Análogas cualidades descubre él en el pensamiento de Benedicto XVI.

A medida que uno va familiarizándose con los escritos de J. Ratzinger resaltan inmediatamente la claridad y profundidad de su pensamiento, la constancia en los puntos basilares de su teología y espiritualidad, y, al mismo tiempo, la amplitud de su cultura.

Sólo quiero anotar algunos campos sobresalientes. Sabemos que le gusta la música y el arte. Además de los campos filosófico y teológico, se mueve magistralmente en otros campos de la cultura. La literatura, la historia y su

²⁰ Ratzinger J., *La sal de la tierra*, p. 72.

²¹ De Lubac H., *Diálogo sobre el Vaticano II*, Madrid 1985, p. 123.

²² Kempis (von) S., *Grundkurs Benedetto. Eine Einführung in das Denken des Papes*, Leipzig 2006.

interpretación, especialmente los movimientos culturales de la época moderna. Podemos afirmar que es uno de los grandes expertos sobre las raíces culturales de Europa. Sabe individuar el origen y seguir el desenvolvimiento de las ideas fundamentales de una corriente de pensamiento y de nuestra cultura. El Renacimiento, los Reformadores, el Iluminismo, el Positivismo, el Marxismo, el Modernismo, el lugar de la religión en los diversos gobiernos... Todos reconocen su autoridad y profundidad en sus exposiciones sobre la teología de Lutero. Pocos dominan como él a los autores del idealismo alemán. Aquí y allá salpica sus conferencias con ilustraciones muy bien traídas de los clásicos de la literatura universal.

En síntesis, podríamos decir que es un grande humanista. Especialista en su campo, pero abierto a todos los aspectos de la cultura actual y pasada. Para comprender al hombre de hoy, hay que conocer las preocupaciones y problemas de los hombres que nos han precedido, era una consigna de Maier, que al parecer Ratzinger ha hecho propia.

Además de lo ya dicho hay que notar que quedan en el aire una serie de "*quaestiones disputatae*" de mucha actualidad: la moral y la bioética, la inculturación de la fe, el pluralismo cultural y la dictadura del relativismo... Pero al mismo tiempo se puede observar que se han obtenido una serie de logros importantes gracias a la colaboración de Ratzinger con Juan Pablo II:

- La orientación de la teología de la liberación
- Los documentos sobre la exégesis
- La redacción del catecismo para toda la Iglesia y su compendio.
- La "Veritatis splendor", la "Fides et Ratio" y la declaración "Dominus Iesus": sobre el conocimiento de la verdad y la singularidad de la revelación en Jesucristo.

En la reciente entrevista con la televisión polaca Benedetto XVI afirmaba que muchas veces cuando lee algunos documentos de Juan Pablo II recuerda las conversaciones y discusiones que tenían con él acerca de los diversos problemas. El no quiere emanar muchos documentos, sino profundizar en el tesoro que Juan Pablo II nos ha dejado, para actuar mejor el Vaticano II.